

a

r

o

De cadenas, migrantes y jornaleros

**Los territorios rurales en las cadenas
globales agroalimentarias**

Andrés Pedreño Cánovas (coord.)

tA1AsA

Este libro ha sido elaborado y financiado en el marco del proyecto Sostenibilidad social de los nuevos enclaves productivos agrícolas: España y México (ENCLAVES), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (2012-2014, CSO2011-28511).

Diseño de la portada: Ferran Fernández.

© Para esta edición TALASA Ediciones S. L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos: www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

TALASA EDICIONES, S. L.

c/ San Felipe Neri, 4,

28013 MADRID

Tel.: 915 593 082.

Fax: 915 470 209.

Fax: 915 426 199.

Correo electrónico:

talasa@talasaediciones.com

www.talasaediciones.com

ISBN: 978-84-96266-45-2

Depósito Legal: M-11772-2014.

Impreso por Graef Asociados, S. L.

Introducción, 9

Encadenados a fetiches. Del enfoque de las cadenas de mercancías a la sostenibilidad social de los enclaves de producción de la "uva global", *Andrés Pedreño Cánovas*, 13

1. Sostenibilidad y desarrollo agroindustrial, 14

2. El enfoque de las cadenas de mercancías, 18

3. Fetichismo de las cadenas de mercancías, 21

4. Hacia las uvas globales, 24

4.1. Cambio técnico y organización social del proceso de trabajo, 27

4.2. Contención salarial y ejército de reserva, 29

4.3. La conquista de esferas extracapitalistas y la destrucción creativa del territorio, 30

5. Consideraciones finales, 33

Bibliografía, 34

Dinámica del capital global en el control territorial de una cadena agrícola. El caso de la fruticultura del norte de la Patagonia (Argentina), *Norma Graciela Steimbregger*, 38

1. Introducción, 38

2. El territorio frutícola del norte de la Patagonia, 42

3. Trayectoria de una empresa líder transnacional en el sector argentino de fruta fresca, 44

3.1. Génesis y desarrollo: incorporación creciente de capital extranjero, 45

3.2. Transnacionalización plena y reestructuración, 48

3.3. Fusión de capitales internacionales. Nuevos dueños, 52

4. Reflexiones finales, 54

Bibliografía, 56

La desdemocratización de las relaciones laborales en los enclaves globales de producción agrícola, *Carlos de Castro*, 59

1. Introducción, 59

2. La norma de empleo y las redes de protección social en los nuevos enclaves de producción agrícola, 63

2.1. Relación contractual, estabilidad y seguridad en el empleo: asalarización, intermediación, temporalidad, informalidad e inestabilidad, 64

2.2. Estacionalidad, jornadas y horarios, 66

2.3. Nivel y estructura salarial: retribuciones insuficientes y variables, 67

2.4. Descualificación formal y cualificaciones tácitas, 68

- 2.5. Salud, seguridad e higiene en el trabajo: dolencias, afecciones y accidentes, 68
- 2.6. Límites del control empresarial y estructura de la negociación colectiva: conflictividades difusas, 69
- 2.7. Protección social y económica: hacia un nuevo paternalismo rural, 71
- 3. *La desdemocratización de las relaciones laborales*, 71
- 4. *Conclusiones: la doble paradoja de la ciudadanía laboral*, 74
- Bibliografía*, 75

La conformación de un mercado de trabajo transitorio migrante en un nuevo territorio productivo: el caso de la olivicultura, Pomán, Catamarca, Argentina, Germán Quaranta, 78

- 1. *Introducción*, 78
- 2. *La conformación de un nuevo espacio productivo: la producción olivícola en el departamento de Pomán, Catamarca*, 79
- 3. *La organización laboral y las estrategias empresariales de reclutamiento de mano de obra*, 83
 - 3.1. La organización laboral, 83
 - 3.2. Las estrategias empresariales de reclutamiento de mano de obra, 86
- 4. *La conformación de una oferta de trabajo asalariada transitoria migrante*, 89
- 5. *A modo de conclusión: los fundamentos del surgimiento de un mercado de trabajo transitorio migrante y la conformación de las corrientes migratorias*, 91
- Bibliografía*, 92

Los jornaleros de las cadenas globales de producción de alimentos en fresco: el caso del arándano en Uruguay, Alberto Riella, Mauricio Tubío y Rosario Lombardo, 94

- 1. *Introducción*, 94
- 2. *La producción de arándano en Uruguay*, 95
- 3. *El proceso de trabajo en el arándano*, 96
- 4. *La organización social del trabajo*, 97
 - 4.1. Los contratistas y sus enganchadores, 99
- 5. *Los jornaleros del arándano*, 103
 - 5.1. Trayectorias de los jornaleros, 103
 - 5.2. Las jornaleras del arándano, 105
- 6. *Reflexiones finales*, 106
- Bibliografía*, 108

Los "nuevos jornaleros". Construcción y fragmentación social de la fuerza de trabajo en los enclaves agrícolas globales, Alicia Reigada, 110

- 1. *Introducción*, 110
- 2. *Composición social de los "nuevos jornaleros": ideologías y prácticas de segmentación laboral*, 112

- 3. *El trabajo nómada y flexible en los campos globalizados*, 117
- 4. *Canales de contratación y fragmentación del trabajo agrario*, 121
- 5. *Hacia enfoques transversales en el estudio del trabajo en las cadenas agrícolas globales*, 126
- Bibliografía*, 130

Estrategias de reproducción social y circulaciones migratorias de los trabajadores en los enclaves globales, Elena Gudea, Antonio J. Ramírez y Joaquín Sánchez, 134

- 1. *Reestructuración agrícola y circulaciones migratorias*, 135
- 2. *Inserción residencial jornalera y condiciones de vida*, 140
- 3. *Los territorios de la globalización agroalimentaria*, 144
- Bibliografía*, 146

Asentamientos de trabajadores migrantes en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa, Sara María Lara, Kim Sánchez y Adriana Saldaña, 150

- 1. *Cartografía de la desigualdad regional*, 151
- 2. *Dinámica de los mercados de trabajo en contextos de enclave*, 152
- 3. *Impacto de las transformaciones productivas en los mercados de trabajo*, 155
 - 3.1. Caso de Morelos, 155
 - 3.2. Caso de Sinaloa, 157
- 4. *Modelos de inserción residencial jornalera en los enclaves de producción agrícola*, 159
- 5. *El asentamiento como proceso de territorialización del espacio*, 161
- 6. *Los asentamientos como espacios de aprovisionamiento e "industria de la migración"*, 164
- 7. *Conclusión*, 167
- Bibliografía*, 169

La migración estacional de trabajadores agrícolas: un tema preeminente y complejo, Mónica Bendini, 172

- 1. *Introducción*, 172
- 2. *Naturaleza de la migración estacional en el agro*, 174
- 3. *Una región agrícola con trayectoria y relevancia migratoria*, 176
- 4. *Migración por sustitución: tradicionales y nuevos flujos migratorios*, 178
- 5. *Desde el norte hacia el lejano sur*, 179
- 6. *Relaciones formales e informales en el acceso al trabajo*, 180
- 7. *Perfil de trabajadores migrantes y una tipología renovada*, 184
- 8. *El proyecto familiar migratorio como una estrategia de reproducción social*, 186
- 9. *Condición migratoria y asimilación diferenciada*, 188
- 10. *Reflexiones finales*, 189
- Bibliografía*, 190

Nuevos dispositivos de regulación transnacional: un análisis sobre los estándares de calidad y responsabilidad social y su impacto en los enclaves globales agrícolas, *Natalia Moraes e Isabel Cutillas, 195*

1. *Introducción*, 195
2. *Privatización de normas, certificación, buenas prácticas agrícolas y responsabilidad social*, 196
3. *Tendencias globales, impactos locales: calidad y responsabilidad social empresarial en los nuevos enclaves hortofrutícolas*, 199
 - 3.1. Buenas prácticas agrícolas, transformación productiva y condiciones de trabajo, 200
 - 3.2. Responsabilidad social empresarial y su impacto en la mejora de las condiciones laborales, 205
4. *Calidad y responsabilidad social en la huerta de Europa: apuntes sobre la normativización de la producción hortofrutícola en la Región de Murcia*, 206
 - 4.1. Protocolos, regulación y control: la satisfacción del consumidor y la responsabilidad del trabajador, 208
 - 4.2. Responsabilidad social empresarial (RSE): de la cuestión inmigrante a la promoción de la salud y el consumo, 211
 - 4.3. Impacto de los sistemas de calidad y responsabilidad social: un acercamiento preliminar, 213
5. *A modo de conclusión*, 215
- Bibliografía*, 216

De los extremos de la calidad y la permanente vulnerabilidad: los trabajadores del Valle de São Francisco, en el nordeste de Brasil, *Josefa Salete Barbosa Cavalcanti, 219*

1. *El desarrollo de la región de Vale de São Francisco y las condiciones de trabajo y empleo*, 219
 - 1.1. El riego y el cambio en las condiciones de trabajo en el Vale del São Francisco, 220
 - 1.1.1. Las buenas prácticas agrícolas: El GLOBALGAP, 223
2. *El trabajo y los trabajadores*, 225
 - 2.1. Protocolos, certificaciones, cualidades, 225
 - 2.2. Trabajos de las mujeres, 226
 - 2.3. Trabajar por tarea: cambios en la rutina del trabajo, 228
 - 2.4. La reinención de controles y mecanismos de exploración, 229
3. *Los tiempos de trabajo y la vulnerabilidad de los trabajadores*, 230
4. *Conclusión*, 231
- Bibliografía*, 233

Introducción

A mediados de marzo de 2012, los investigadores que participan en este libro se reunieron en Montevideo en torno al Seminario Internacional “Migraciones, Cadenas Globales Agrícolas y Desarrollo Rural”. Fue un momento, y este libro es reflejo de ello, de cristalización de una red transoceánica de investigadores que durante largo tiempo habían venido manteniendo encuentros e intercambios a lo largo de una geografía científica que articulaba Neuquén, Murcia, México, Buenos Aires... y Montevideo.

El campo uruguayo, dadas sus transformaciones en curso, compuso un escenario privilegiado de acogida de las discusiones que tuvieron lugar en el seminario. Como pudimos comprobar en una visita por el campo de Salto, el paisaje rural tradicional uruguayo –con sus extensas superficies de pasto para ganadería y surcado por ríos de aguas abundantes– ha experimentado en el contexto de la globalización una serie de cambios a través de una triada de especializaciones conectadas con cadenas globales: plantaciones de cauarinas y eucaliptos para la industria forestal canadiense y norteamericana; campos de soja para la producción de combustible vegetal; y hortofruticultura de exportación. Una nueva figura social ha empezado a expandirse por el agro uruguayo: el trabajador agrícola asalariado.

En Salto tuvimos ocasión de conversar con sindicalistas del campo, agricultores, gerentes de grandes empresas... visitando fincas de naranjos, arándanos y horticultura, así como varios almacenes de envasado de productos agrícolas para exportación. In situ pudimos observar el trabajo de las cuadrillas de jornaleros recolectando naranja e, inclusive, comparar sus ritmos diferenciados entre la cuadrilla a destajo bajo la dirección de un intermediario –ritmos frenéticos, conversación cero, trabajo tenso– y una cuadrilla a jornal contratada directamente por la empresa –ritmos pausados, risas y conversación, relajación–. Estas mismas estampas son las que encontramos hoy en la diversidad de territorios de lo que llamamos globalización agroalimentaria. Esas mismas lógicas de trabajo que vemos desarrollar ante nuestros ojos al norte del río Uruguay no son otras que las que venimos estudiando en México, Murcia, Brasil o Argentina, y el lector de este libro tendrá oportunidad de comprobar que en esa diversidad de geografías del trabajo agrícola son muchas las similitudes y afinidades. Por ello hablamos de convergencias globales.

De hecho, escuchando en aquella visita las discusiones con sindicalistas en las que participamos en la Universidad de Salto, así como las conversaciones con gerentes de empresas agrícolas, asistimos a ese momento privilegiado en el que en la agenda

Asentamientos de trabajadores migrantes en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa

Sara María Lara
Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad
Nacional Autónoma de México
Kim Sánchez
Universidad Autónoma de Morelos
Adriana Saldaña
Universidad Autónoma de Morelos

Este capítulo analiza dos regiones de agricultura intensiva en México: una en el Estado de Morelos, en manos de pequeños productores que cultivan hortalizas destinadas a surtir las necesidades de consumo de la población de la Ciudad de México; otra ubicada en el noroeste del país, en el Estado de Sinaloa, donde prosperan grandes empresas hipermodernas que exportan la mayor parte de su producción hortícola. Caracterizamos ambos espacios productivos como "enclaves" por el carácter concentrador de los recursos naturales y del capital que allí se genera. Buscamos dar cuenta de la manera cómo estas regiones generan mercados de trabajo muy dinámicos y provocan complejos circuitos de migración de trabajadores agrícolas desde el sur del país.

Analizamos el asentamiento o instalación de algunos de estos trabajadores en esas regiones, y el surgimiento de colonias "de indígenas" o "de pobres" como parte de un proceso de movilidad donde la sedentariedad es una etapa de la migración y corresponde a un proceso de apropiación del territorio. Conceptualizamos este fenómeno desde diferentes ángulos, así como mostramos el desarrollo de una "industria de la

¹ Este capítulo ha sido realizado en el marco del proyecto titulado Sostenibilidad social de los nuevos enclaves productivos agrícolas: España y México (Enclaves) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (2012-2014, CSO2011-28511), dirigido por Andrés Pedreño Cánovas.

migración" que facilita el intercambio de servicios "de pobre a pobre" en dichos espacios de movilidad.

1. Cartografía de la desigualdad regional

El desarrollo agrícola en México tuvo lugar bajo un modelo concentrador que condujo a la conformación de zonas agrícolas muy modernas, al lado de una agricultura tradicional, básicamente en tierras de temporal, cuya función primordial sería la de garantizar la subsistencia de muy pequeños productores campesinos que lograban vivir de sus parcelas, combinando esa producción con el trabajo asalariado. Vendiendo temporalmente su fuerza de trabajo como jornaleros en las zonas agrícolas desarrolladas y/o en las ciudades, estos campesinos pobres de subsistencia se conformaron como un "ejército de reserva" para las modernas empresas. Más tarde, en el marco de la globalización y de la apertura económica inaugurada con el TLC, va a intensificarse este proceso de concentración productiva y el surgimiento de enclaves agrícolas, a la vez que las regiones de producción tradicional se hundieron en la pobreza extrema. De esta manera, ha quedado plasmada en el país una cartografía de la desigualdad regional, alimentada por las políticas de un Estado que muestra, al mismo tiempo, la presencia de una cartografía de la desigualdad social.

En el Estado de Morelos, ubicado en el centro del país, durante la década de los cincuenta del siglo XX se introducen hortalizas comerciales para abastecer el consumo de la cercana ciudad de México, en pleno proceso de expansión. Este cambio se contextualizó durante un periodo de "modernización" del campo en el cual fueron determinantes los adelantos científicos de la *revolución verde*, viéndose las tierras pobladas de nuevos cultivos, así como de la aplicación de los nuevos paquetes tecnológicos. Este proceso fue respaldado por el Estado, ya que el aumento de la productividad de las tierras se consideraba como una salida a los problemas que se presentaban en el campo: al mismo tiempo que el cultivo de nuevos productos sería la base y sostenimiento de la industrialización del país y de un modelo de crecimiento "hacia adentro".

En ese Estado se desarrolla una agricultura moderna, tendente a abastecer el mercado interno, tanto de alimentos como de materias primas para la industria nacional, sustentada por pequeños productores con parcelas de 1 a 5 hectáreas, subordinados a grandes comerciantes mayoristas de las centrales de abasto.² Son estos productores y sus familias quienes, hasta la fecha, han puesto en marcha diferentes estrategias para sostener este tipo de agricultura, si bien hoy en día se observa un creciente proceso de multiactividad de sus hogares, fuera de la agricultura, incluyendo la migración a Estados Unidos y Canadá.

Por su lado, desde finales del siglo XIX, Sinaloa, junto con otros Estados del Noroeste del país (Baja California, Baja California Sur y Sonora), se consolida como una región agrícola de producción empresarial con orientación exportadora. Su posición geográfica, cercana a la frontera, llevó a ese Estado a vincularse con los Estados Unidos en dos sentidos: por la instalación de colonos norteamericanos, y por la producción

² Para un estudio de la historia del desarrollo agrícola en el Estado de Morelos, véase Sánchez y Saldaña (2011).

regional de cereales; caña de azúcar y hortalizas abastecía una parte de la demanda del vecino país. De esa manera, se desarrolla una estructura de grandes haciendas que no fueron afectadas sino hasta la década de los años treinta, cuando el régimen populista de Cárdenas (1934-1940) reparte las tierras a los antiguos peones que vivían acasillados en inmensas haciendas cañeras, algodonerías y cerealeras (garbanzo trigo, etc.).

Sin duda, es esta historia regional la que hasta hoy en día marca la pauta del desarrollo agrícola de la región y le da un perfil muy diferente al que tuvieron otras zonas, como es el caso del Estado de Morelos. Sinaloa va a destacar desde los años cincuenta como principal Estado productor de hortalizas de exportación, no solo porque, al igual que otras regiones agrícolas, adopta los métodos de la *revolución verde*, sino porque importa toda la tecnología necesaria para producir a gran escala y comercializar hortalizas de invierno a los Estados Unidos, a la vez que sustentó la demanda interna de productos para la agroindustria nacional (caña de azúcar, algodón, cereales, etc.). Ni la Revolución mexicana ni el reparto agrario lograron frenar la conformación de grandes empresas, las cuales, en terrenos privados o alquilando tierras ejidales, en superficies que fluctuaban entre 300 y 1.500 hectáreas, hicieron crecer grandes enclaves agrícolas en la región.

2. Dinámica de los mercados de trabajo en contextos de enclave

La modernización agrícola va a propiciar el desarrollo de mercados de trabajo muy dinámicos en las regiones de agricultura comercial. De un lado, mercados que se estructuran en torno a regiones que producen eminentemente para abastecer el mercado nacional y, del otro, las que dirigen su producción principalmente para la exportación. No obstante, y cabe hacer la mención, en ambos casos se trata de cadenas agroalimentarias controladas por grandes capitales comerciales que se encargan de la distribución, donde unos cuantos son al mismo tiempo productores-distribuidores.

Un caso representativo en Morelos es el de la localidad de Tenextepango, ubicada en el municipio de Ayala, en la región oriental de ese Estado, donde, desde finales de los años cincuenta del siglo XX, pequeños productores se especializaron en el cultivo de judías verdes. El desarrollo de esta actividad se dio por la llegada de capital de los mayoristas de la ciudad de México, quienes desplegaron en la zona una serie de estrategias para subordinar a los productores, básicamente a través de la compra por adelantado del producto. La localidad atrajo la atención de estos mayoristas debido a que allí contaban con tierras de calidad y con infraestructura de riego, condiciones climáticas adecuadas para la producción de invierno y buena comunicación por carretera hacia la ciudad de México (Sánchez, 2008; Saldaña, 2012).

Por su lado, en Sinaloa la construcción de presas permitió contar con agua abundante⁴ y un clima propicio, con temperaturas medias de 25° (mínima de 7° y máxima de 35°), creando las mejores condiciones para el desarrollo de un emporio hortícola dinamizado por grandes empresas en manos de agricultores locales con visión empresarial y el

⁴ Para una historia del desarrollo agrícola en el Estado de Sinaloa ver C. de Grammont (1990), Lara (1998), Lara y C. de Grammont (2011).

⁵ La construcción de una enorme red de once presas que irrigan 800.000 hectáreas de la franja costera hicieron de este Estado el de mayor superficie irrigable del país (20% del total nacional).

capital necesario. A la vez, activaron esta actividad algunos griegos, que escapaban de las adversas situaciones en Europa provocadas por la Primera Guerra Mundial, dando impulso a la horticultura en el Estado. Estos migrantes, después de haber pasado por los Estados Unidos, arribaron a México en busca de buenas tierras para cultivar hortalizas y exportarlas a ese país (Demerutis, Georgelos, Stamatis, Canelos, Cutrularis, entre otros). Contando con el apoyo del Estado, al darles facilidades para instalarse en el país, aprovecharon la infraestructura que fue desarrollándose en la región. La construcción de grandes presas y un sistema de irrigación complejo sirvió de base para que ellos introdujeran invernaderos para la producción de plántulas, nuevas técnicas de producción y de empaque agroindustrial, sentándose así las bases necesarias para mantener su competencia en el nuevo modelo de economía abierta finisecular (C. de Grammont, 1990; Lara, 1998). A partir de la década de los sesenta, la producción de hortalizas empezó a incrementarse de manera exponencial y las empresas más grandes comenzaron un proceso de expansión hacia otros Estados del país, con el fin de ampliar su capacidad de abasto del mercado nacional e internacional.

La introducción de hortalizas, tanto en Tenextepango (Morelos) como en Sinaloa, generó una importante demanda de mano de obra, particularmente para las cosechas que se desarrollaban entre noviembre y marzo. En Tenextepango, las primeras cuadrillas de cortadores fueron formadas por población local contratada directamente por el productor, pues se trataba de sus vecinos. Sin embargo, estos cortadores, al ver las ganancias que sus paisanos obtenían en la producción, poco a poco fueron buscando los medios para participar ellos mismos como productores, lo que creó una nueva demanda de mano de obra. Así comenzó la contratación de jornaleros migrantes indígenas que llegaban temporalmente de los Estados vecinos de Oaxaca, Puebla y Guerrero.

En Morelos, la entrada de estos cultivos comerciales dio lugar a la formación de mercados laborales para la población local, pero su dinamismo provocó la llegada de trabajadores provenientes de Estados vecinos caracterizados por sus condiciones de pobreza y alta marginación. Estos movimientos incorporaron, a finales del siglo XX, alrededor de 6 a 7.000 personas que cíclicamente acudían a la entidad. Particularmente, en Tenextepango, los trabajadores migrantes eran en su mayoría indígenas, quienes en un inicio llegaban solo para la temporada de cosecha, regresando a sus lugares de origen para continuar la producción de autoconsumo en sus propias tierras.

En Sinaloa, la escasez de mano de obra local, por tratarse de zonas desérticas y de colonización, provocó el desplazamiento de trabajadores provenientes de las zonas serranas del Estado y la incorporación de las mujeres locales en invernaderos y empaques. Sin embargo, el "boom" productivo que se inició en la década de los sesenta condujo⁵, igualmente, a buscar trabajadores en los estados del sur del país, Guerrero y Oaxaca (mapa 1). Incluso, algunos de esos trabajadores seguían la "ruta del tomate", pasando por Morelos y Jalisco, antes de llegar a Sinaloa. Así, se conformó una división sexual y étnica del trabajo, donde las diferencias étnicas entre los migrantes de la

⁶ La Revolución cubana, y con ello el bloqueo comercial ejercido por los Estados Unidos a ese país, abrió las puertas para que Sinaloa se colocara como la principal región abastecedora de hortalizas de invierno en ese país. La construcción de presas y canales de riego contribuyeron grandemente a lograr este importante despegue de la horticultura en los municipios de Ahemé, Culiacán, El Fuerte, Elota, Guasave y Navolato.

Vinculos migratorios Sinaloa-Guerrero-Oaxaca



sierra sinaloense y los "sureños" se convirtieron en fuentes de segmentación laboral: los serranos en tareas temporales, pero a lo largo de todo el año y los sureños en las cosechas (Lara, 1998; Lara y C. de Grammont, 2011).

En sus inicios, el perfil típico del jornalero migrante, tanto en Morelos como en Sinaloa, era el de campesino-jornalero que practicaba la agricultura matcera de subsistencia en su comunidad y que era migrante estacional y pendular; al concluir las cosechas, retornaba a sus comunidades de origen para ocuparse de su pequeña parcela. Se trataba de flujos masculinos, pero pronto se insertaron mujeres y niños, convirtiéndose en una migración familiar⁴. Durante su estancia en las regiones de trabajo vivían alojados de manera precaria. En Morelos, los jornaleros rentaban cuartos o construían viviendas provisionales en terrenos prestados o alquilados por los nativos, que se ubicaban cerca de los campos. Esos espacios podían contar con casas en "obra negra" o en terrenos llanos, donde los propios trabajadores fabricaban construcciones provisionales con materiales de desecho, que se conocían localmente como "casitas de basura". Esto representó otra gran diferencia con Sinaloa, donde los jornaleros eran alojados en campamentos

⁴ También con el paso de los años los lugares de procedencia de estos flujos migratorios fueron en su mayoría localidades indígenas de Guerrero, de filiación étnica nahua, mixteca y tlapaneca.

en medio de extensos campos agrícolas, propiedad de las mismas empresas que los contrataban. En tanto en Morelos siempre habitaron en las mismas localidades que la población nativa, aunque tenían escasa interacción con ésta fuera del ámbito laboral.

Si bien éste sigue siendo el perfil característico de muchos trabajadores agrícolas migrantes en Morelos y aun mayoritario en algunas regiones agrícolas del noroeste, se suceden diferentes procesos que han llevado a un panorama más heterogéneo y complejo en sus desplazamientos (Sánchez, 2008; Sánchez y Saldaña, 2011^o).

En las regiones expulsoras de mano de obra se ha generado un deterioro de la agricultura de subsistencia por razones ambientales, económicas y otras, llevando al creciente abandono de las actividades agropecuarias y a reforzar su dependencia de ingresos asalariados, vía migración de corto y largo plazo, nacional e internacional. En las regiones de atracción, el incremento de las superficies cultivadas, los cambios en los patrones de cultivo y/o procesos de reestructuración productiva, han transformado las formas de contratación y de empleo, de tal manera que han impactado los circuitos de migración y la movilidad de la fuerza de trabajo. Entre otras cosas, han generado zonas de asentamiento de los trabajadores agrícolas en torno a las regiones de mayor demanda de mano de obra.

3. Impacto de las transformaciones productivas en los mercados de trabajo

3.1. Caso de Morelos

En Tenextepango, desde los años ochenta, se observa un notorio aumento de la población que decidió radicar en la región por un tiempo mayor, respondiendo a varios factores. Bajo la perspectiva de la región "receptora", sostenemos que el creciente asentamiento de migrantes fue resultado del aumento relativo de la demanda laboral y, sobre todo, de las oportunidades de acceder a varios mercados de trabajo desde la región. Es importante precisar este hecho porque marca justamente un nuevo papel de la región morelense en el reclutamiento de larga distancia. Primero, hay que señalar que el proceso de producción de judías verdes no ha cambiado notoriamente desde su introducción, por lo que no hay un efecto directo sobre la mayor o menor demanda de mano de obra en sus distintas etapas. Es decir, se sigue sembrando a cielo abierto, no se han introducido invernaderos ni otro tipo de tecnología en ninguna de sus tareas; y la falta de infraestructura refrigerada para almacenamiento obliga a los productores a llevar al mercado el producto inmediatamente después de cosechado. Tampoco existió un cambio sustancial en el rendimiento de las huertas, a pesar de la innovación continua de semillas y agroquímicos. La superficie sembrada de esta hortaliza se mantuvo constante en la región oriente de Morelos durante varias décadas e incluso se incrementó durante algunos años, generando expectativas en los trabajadores migrantes para asentarse en la localidad.

Otros hechos fueron importantes y redundaron en la ampliación de la temporalidad de la demanda de trabajo asalariado, reforzando las razones para permanecer en la región. Por ejemplo, los comerciantes mayoristas que invertían en las judías verdes en el

invierno propusieron a los productores sembrar mazorca los restantes meses del año para abastecerlos de este producto; y el hecho de que después estos mismos intermediarios comerciales se dirigieran al Estado de Hidalgo (cercano a Morelos) para financiar a pequeños productores para el cultivo de judías verdes en la temporada que no se producían en Tenextepango. Para estos nuevos mercados de trabajo creados para la cosecha de mazorca, en esa localidad morelense, y de judías verdes en Hidalgo, se emplearon las mismas cuadrillas compuestas por familias de trabajadores migrantes (Sánchez, 2009). Así, la opción de permanecer en Tenextepango durante todo el año, combinando las cosechas de judías verdes y mazorca, o empleándose solo en el corte de judías verdes en Morelos primero, y al terminar la temporada dirigirse a Hidalgo, incrementó el interés de los migrantes por permanecer en la localidad por un periodo más largo de tiempo (mapa 2).

Vínculos migratorios
Sonora-Sinaloa-Morelos-Hidalgo



Los jornaleros tenían acceso a estos mercados de trabajo a partir de un mismo sistema de intermediación laboral basado en los "capitanes" y organizados en cuadrillas, que fueron el contacto con los productores (Sánchez, 2006). Cabe decir que este sistema de intermediación laboral continúa vigente, aunque con algunas modi-

ficaciones significativas en sus formas de operar. En un inicio, cuando la migración era temporal, los "capitanes" se encargaban de proporcionar vivienda y transporte a los trabajadores, pero una vez asentados, estos servicios han disminuido; además, los propios asentados prestan o rentan habitación a paisanos y/o familiares que aún continúan migrando temporalmente. Estas prácticas, sumadas a que los asentamientos son espacios de llegada de jornaleros por su cuenta, derivaron en una elevada rotación de trabajadores entre las cuadrillas, mermando el intercambio clientelar y el capital simbólico de los intermediarios. No obstante, el papel de los "capitanes" a la hora de buscar cosechas sigue resultando fundamental para cualquier jornalero (Sánchez, 2012; Saldaña, 2013).

Otros factores importantes que incidieron en la decisión del asentamiento fueron las difíciles condiciones de vida en los lugares de origen de los jornaleros (climáticas, económicas, violencia, etc.).

3.2. Caso de Sinaloa

Hacia finales de la década de los sesenta e inicios de los setenta, el papel de los contratistas o "enganchadores" en el abastecimiento de mano de obra que requieren las empresas se volvió fundamental para hacer coincidir la oferta y la demanda de trabajo. Durante al menos tres décadas, ésta fue la forma tradicional de operación de las empresas sinaloenses para abastecerse de mano de obra durante la temporada de cosechas. En tanto que la población originaria de las zonas serranas del mismo Estado por lo regular establecía una relación más cercana con los mayordomos⁷, y sabía las temporadas en las que se requería mano de obra para ciertas tareas, de tal manera que llegaban por su propia cuenta. Igual lo hacían las mujeres locales que se ocupaban en invernaderos y empaques. No obstante, los cambios ocurridos a partir de la apertura comercial y la consecuente reestructuración de las empresas, tanto por la incorporación de nuevas tecnologías como por las normas que establece el mercado norteamericano, modificaron fuertemente este mecanismo de aprovisionamiento de los trabajadores. A la vez, los propios trabajadores desplegaron nuevas estrategias de trabajo y de movilidad.

La reestructuración productiva condujo a la adopción de nuevas tecnologías. En un primer momento se trató de técnicas que hacían más eficiente el uso de agua y energía e incrementaban la producción gracias al control de plagas (plasticultura) y a la utilización de semillas de alto rendimiento. Se trató de un periodo que hemos denominado de "producción masiva", cuyo objetivo fue inundar el mercado, compitiendo gracias a la reducción de costos. Es un momento durante el cual las empresas se expanden no sólo en varias regiones del propio Estado de Sinaloa (Culiacán, Guasave, Mochis), sino en otros Estados del país (Sonora, Baja California, Jalisco, San Luis Potosí), momento que hemos llamado de "descentralización productiva" (Lara, 1998, 2010;

⁷ Personal de la empresa que se encarga de organizar el trabajo en los campos de cultivo. Estos mayordomos se comunicaban con los contratistas o enganchadores para que les trajeran al campo un cierto número de trabajadores migrantes. Hoy en día, los mayordomos recurren a este mecanismo, pero también al de conectarse con camioneros y contratistas, quienes recurren a jornaleros instalados en las colonias.

C. de Grammont y Lara, 1999, 2007; Lara y C. de Grammont, 2011). Más tarde, la apertura de los mercados con el TLCAN, el proceso de globalización y los sistemas de certificación para controlar la inocuidad de los alimentos condujeron a un segundo periodo de reestructuración cuyo objetivo era la calidad y la diversificación de la producción, lo que se acompaña de la puesta en marcha de sistemas de producción bajo cubierta, métodos de hidroponía y/o bajo sustratos. Este proceso se intensificó después del 11 de septiembre, cuando los Estados Unidos puso en marcha las Leyes contra el Bioterrorismo, para la importación de alimentos (C. de Grammont y Lara, 2010). Uno y otro proceso de reestructuración provocaron cambios significativos en las formas de empleo y de trabajo, a la vez que incidieron directamente en la organización y composición de los flujos migratorios. El primer momento incrementó significativamente la demanda de mano de obra y condujo a la circulación de los trabajadores entre las distintas zonas a donde las empresas se encontraban descentralizadas, de modo que se complejizaron los circuitos de migración, pasando de un movimiento pendular característico de décadas anteriores a un desplazamiento de carácter circular o "golondrina" (Bendini y Radonich, 1999), para dar lugar, incluso, a procesos de errancia continua de una región a otra y sin regresar al lugar de origen (De Moraes, 1999). Esto, tanto en Morelos como en Sinaloa, involucró, sobre todo, a las familias más pobres de las zonas expulsoras, aquellas que ya no tienen tierra para cultivar o no cuentan con los medios para sembrar. El papel del contratista o "enganchador" suele seguir siendo importante, pero en esa movilidad los trabajadores adquirieron un "saber circular", en términos de Tarrius (2010), y una experiencia de movilidad, creando redes sociales que les permiten migrar de manera independiente e incluso asentarse en las regiones de trabajo (Lara, 2008). Es el momento en que se inicia el crecimiento de las colonias.

Sin embargo, el segundo proceso de reestructuración es el que más cambios ha generado en Sinaloa, ya que ha dado lugar a la desestacionalización de la producción, abriéndose un mercado de trabajo durante todo el año; un empleo que se caracteriza no solo por ser temporal e intermitente, sino por su precariedad.

Gracias a estos contingentes de trabajadores, contratados en esas condiciones precarias, las empresas sinaloenses logran hacer rentable el negocio de producir hortalizas, sea para el mercado interno o para la exportación. Y también gracias a esto las empresas enfrentan las condiciones de competitividad que les impone el mercado y las exigencias del capital comercial que controlan las cadenas de producción y con ello las ganancias. Por su parte, para los pequeños productores morelenses de judías verdes ubicados en Tenextepango, contar con trabajadores de esas características no permite realmente acumular ganancias como en el caso sinaloense, pero sí obtener beneficios por participar en cadenas agroalimentarias gobernadas por los capitales comerciales, que son los que determinan el precio de sus productos.

De tal manera que la desigualdad entre las regiones donde se implantan estos enclaves productivos y aquellas de donde sale la fuerza de trabajo que los abastece, refuerza la existencia de una cartografía de la desigualdad social.

4. Modelos de inserción residencial jornalera en los enclaves de producción agrícola

Un factor que resultó decisivo en el caso de Morelos para el asentamiento de los jornaleros en Tenextepango fue que los productores decidieron vender aquellas tierras sin infraestructura de riego que no utilizaban para la siembra de hortalizas comerciales, por considerarlas "improductivas", ubicadas en las lomas que rodean a la localidad, y que los inmigrantes decidieran comprarlas para fincar allí sus casas. La mayor parte de las familias de trabajadores, fueran éstas mestizas o indígenas, presentaron un mismo patrón de asentamiento: periodos variables de renta en terrenos con casas en "obra negra" o terrenos llanos donde construían casas con materiales de desecho; compra de un terreno con la cooperación de todos los miembros del grupo, aun los niños que se emplean desde los cinco años; la construcción de una casa temporal de desecho en terrenos propios; y, ya con algunos recursos ahorrados, la edificación de una casa de material⁸. No obstante, la inserción residencial para los indígenas no se dio en las mismas condiciones que la de los mestizos. Ya Torres y Meier (2008) señalaban que la inserción residencial de los colectivos inmigrantes se ve influenciada por su condición étnica. Por ejemplo, los mixtecos, miembros de uno de los grupos indígenas que llegaron desde Guerrero a esta región, tuvieron que cambiar continuamente su lugar de instalación debido a la percepción social que se tenía alrededor de ellos, siempre hostil y discriminatoria; considerados como "los más cochinos", "los que roban", "los violentos" o "los necios" (Saldaña, 2012).

Ahora, a más de treinta años de los primeros asentamientos residenciales, en las colonias se encuentran diferentes situaciones. Se han diversificado las formas de tenencia de la vivienda, e incluso hay familias inmigrantes que han logrado comprar hasta dos o más terrenos, donde han construido cuartos que rentan o prestan a otros jornaleros, regularmente paisanos o familiares. Así, alrededor de Tenextepango han surgido ocho asentamientos de jornaleros, llamados ahora colonias, sin tomar en cuenta uno que existía desde 1930, pero que ha crecido de manera significativa en las últimas décadas. Por solo mencionar algunos datos, la colonia Constancio Farfán, fundada por nativos, pero poblada en su mayoría por inmigrantes, contaba en 1990 con 843 habitantes, veinte años después aumentó a 1958 (XI y XIII Censo de Población y Vivienda, INEGI). Con respecto a este último dato, el 28% había nacido en otra entidad, el porcentaje restante corresponde a los nativos de la región, pero también a una segunda y tercera generación conformadas por los hijos de los que llegaron a asentarse allí hace unas décadas como jornaleros.

Otro caso, tal vez el más representativo, es el de la colonia Valle de Morelos, que aparece por primera vez en el censo del año 2000 con una población total de 59 personas, de las que el 61% había nacido en otra entidad. Para el año 2010 la población había aumentado a 510 personas, de las cuales un 58% había nacido en otra entidad; el porcentaje restante corresponde a la descendencia de los que ahí llegaron a residir (XII y XIII Censo de Población y Vivienda, INEGI). En Constancio Farfán hay una alta con-

⁸ La medida promedio de los terrenos ha sido de 200 metros cuadrados.

concentración de mixtecos, aunque también hay nahuas y mestizos; mientras que en Valle de Morelos son en su mayoría nahuas, con menor proporción de mixtecos y mestizos.

En Sinaloa, desde que se inicia la migración de grandes contingentes de migrantes para laborar en las cosechas, los jornaleros fueron alojados por las propias empresas, en campamentos ubicados cerca de los campos de cultivo y/o de los empaques. El número de trabajadores que habitaban estos campamentos, solos, con sus familias o en grupos, variaba dependiendo de la magnitud de las empresas. En 1999, el Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas (PRONJAG) había contabilizado 129 campamentos que alojaban a 83.962 migrantes. Tan solo una empresa tenía una capacidad instalada para recibir a 3 000 y más trabajadores. Este mismo conteo registró que 40 campamentos recibían entre 500 y 1.000 y 37 campamentos de 250 a 500⁹. Es decir, verdaderos centros de concentración, los que innumerables veces fueron denunciados por las condiciones de hacinamiento y precariedad en las que alojaban a los trabajadores¹⁰. Además del encierro en que los mantenían en dichos campamentos, carecían completamente de intimidad en sus viviendas. A raíz de que se pusieron en marcha los sistemas de certificación para las empresas agroexportadoras, éstas prefirieron facilitar su instalación en las colonias aledañas. Muy contadas fueron las que realizaron mejoras en los espacios a donde albergan a los trabajadores migrantes.

Es así que en el municipio de Navolato¹¹, sindicatura de Culiacán, región que cuenta con una alta concentración de empresas productoras de hortalizas, tuvo lugar uno de los asentamientos más importantes de población jornalera en lo que hoy se llama Villa Benito Juárez¹². Esta localidad inicia su poblamiento en los años setenta, en un contexto marcado por la emergencia de movimientos de campesinos que luchaban por la tierra y denunciaban la presencia de latifundios prohibidos por la ley¹³. Una serie de organizaciones regionales y nacionales impulsaron las invasiones de tierras, solicitando les fueran repartidas en forma de ejido para ser cultivadas. Paralelamente, surge un movimiento de trabajadores agrícolas que luchan por su sindicalización independiente del control del Estado. Sin embargo, la represión constante por parte del Gobierno y de los empresarios, ejercida mediante despidos masivos, cierre de empresas y creación de sindicatos "blancos" (ficticios), así como su condición de migrantes y de trabajadores temporales en un mercado de trabajo altamente segmentado por género, origen étnico o regional, condujo al fracaso de la lucha sindical. En su lugar, se activó un proceso de

movilización de esos mismos trabajadores por la apropiación de terrenos para viviendas, apoyándose en líderes regionales, la mayoría de ellos indígenas. Estos grupos lograron que el Gobierno estatal (de allí el nombre de Campo Gobierno) les cediera algunos terrenos, y con ello comienza una lucha por su urbanización. Este proceso se intensificó en los años ochenta, cuando la descentralización de las empresas incrementó la circulación de los trabajadores migrantes en la región, encontrando éstos en el asentamiento un punto de arraigo desde el cual movilizarse hacia las diferentes regiones productoras de hortalizas (Baja California, Baja California Sur y Sonora, principalmente).

A partir de este momento, la localidad inicia un crecimiento constante, doblando prácticamente su población entre 1990 (13.453 habitantes) y 2010 (24.152). Igualmente, el número de colonias que integran dicha localidad ha ido en ascenso, pasando de 19 en 2005 a 26 en 2008, a las cuales se agregan otras tres colonias en los últimos años (Cota, 2012). Se trata de un proceso continuo, resultado de la instalación de grupos de migrantes, tanto de los originarios del propio Estado de Sinaloa como de migrantes de al menos 26 Estados de la república¹⁴, lo que hace de este lugar un espacio de multiculturalidad muy diverso, ya que integra a grupos de diversas etnias del sur del país (mixtecos, zapotecos, triquis, nahuas), al lado de mestizos e indígenas (mayos) del propio Estado de Sinaloa y de otros. A la fecha, y según datos proporcionados por Beatriz Cota (2012: 38), recopilados a través una encuesta semiestructurada que fue levantada a 90 familias de Villa Benito Juárez, el 58,9% de los jefes de familia de dichos hogares hablaba una lengua indígena, predominando el mixteco (35,6%), seguido del triqui (8,9%), zapoteco (5,6%), tlapaneco (4,4%) y otros.

Esta composición multiétnica hace de Tenextepango y de Villa Benito Juárez espacios ricos en intercambios culturales y propicios para la refuncionalización de las identidades étnicas de sus habitantes.

5. El asentamiento como proceso de territorialización del espacio

Desde hace una década ha sido notoria la aplicación de distintos programas del Estado que inciden en los asentamientos residenciales de la población jornalera en ambos lugares. Digamos que la presencia de estos inmigrantes representó retos para las autoridades locales en cuanto a la demanda de servicios de los foráneos. Sin embargo, sus demandas no fueron atendidas desde sus inicios, sino hasta que la presión ejercida por estos colectivos condujo a la creación de programas del Gobierno federal.

Tanto en Tenextepango como en Villa Benito Juárez estos programas se canalizaron a los asentamientos para la construcción, mejora y extensión de las viviendas con apoyo del Fondo Nacional de Habitaciones Populares de la Secretaría de Desarrollo Social (FONAHPO-SEDESOL), el cual otorga recursos en materiales de construcción o en dinero a la población de localidades rurales o indígenas de alta y muy alta marginación. Otro programa que ha tenido una presencia extendida en estos espacios es el de Infraestructura Básica para la Atención de Pueblos Indígenas de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (PIBAI-CDI), a través del cual

⁹ De acuerdo con información registrada en la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco* (C. de Grammont y Lara, 2004).

⁹ Citado en Lara y C. de Grammont, 2010, p. 57.

¹⁰ Regularmente se trata de una concentración de cuartos pequeños en donde se instala a una o dos familias de migrantes (6 u 7 personas), que cuentan con muy escasos servicios de agua, luz, gas, baños, etc. Actualmente, muchos han sido cerrados y/o remodelados.

¹¹ Municipio que cuenta con 135.681 habitantes. Allí se ubican unos 22 campos agrícolas, cubriendo una superficie de 254.862 hectáreas de riego, donde la sindicatura más importante justamente es la nombrada Villa Benito Juárez, popularmente conocida como "Campo Gobierno" (Cota, 2012: 35 y 203).

¹² Otras localidades de asentamiento en Culiacán son Costa Rica, con 23.194 habitantes y El Dorado, con 14.697 habitantes (<http://www.nuestro-mexico.com/Sinaloa/Culiacan/Eldorado/> y <http://www.nuestro-mexico.com/Sinaloa/Culiacan/Costarica/>) (consultados el 30 de noviembre 2012).

¹³ La ley agraria que regulaba la propiedad de la tierra en sus tres formas de tenencia, privada, ejidal y comunal, autorizaba un máximo de 100 hectáreas de riego o su equivalente en otras calidades de tierra, permitiendo hasta 500 cabezas de ganado mayor. Esta ley fue modificada en 1992, permitiendo la libre circulación del mercado de tierras y su concentración.

se han otorgado servicios básicos de agua potable, electrificación y drenaje a algunas colonias. En Tenextepango, desde el 2003, las autoridades locales han considerado a estos asentamientos como "colonias de indígenas", como una estrategia para captar recursos del Estado para su jurisdicción. Por ello, en las colonias más antiguas, fundadas en los años ochenta, fueron las propias familias las que gestionaron las obras necesarias y quienes invirtieron sus ingresos obtenidos para la construcción de sus casas y el mejoramiento de las colonias, pues no tuvieron el mismo apoyo como aquellas de finales de los noventa (Saldaña, 2012). Lo mismo ha sucedido en Villa Benito Juárez, ya que Navolato es considerado como un municipio indígena, lo que permite la canalización de recursos de instituciones como SEDESOL o la CDI, orientados a atender a esta población considerada de alta marginalidad. No obstante, para 2009, según Cota (2012: 37), en esa localidad apenas había 1.118 familias beneficiarias de los programas dirigidos a "grupos vulnerables" como son "Oportunidades", "70 y más" o el "Seguro Popular", dejando sin apoyo al resto, siendo que el número de familias en estado de pobreza es aún mayor.

Esta situación ha derivado en una agudización de los conflictos entre la población local y los migrantes que cuentan con apoyo de esos programas, ya que la población local, particularmente la de más escasos recursos, ve con recelo que a los "foráneos" se les brinden recursos económicos y a ellos no: "Nosotras no somos indígenas, pero queremos recibir apoyos", gritó un grupo de mujeres nativas de Tenextepango a la promotora del Programa de Opciones Productivas para Mujeres Indígenas (POPMI-CDI), en una reunión informativa. Como señala Torres *et al.* (2008) para el caso del acceso a los servicios por parte de ecuatorianos y marroquíes en Murcia, el otorgamiento de los programas de gobierno a los inmigrantes ha sido un caldo de cultivo de conflictos y prejuicios (Sánchez y Saldaña, 2010; Saldaña, 2012).

Es un hecho que el Estado, a través de los organismos públicos, canaliza hacia ellos recursos focalizados para atenderlos en su calidad de pobres y de indígenas, pero no busca transformar la situación de base que genera esta condición. Mucho menos busca modificar el contexto que da lugar a su posición como trabajadores precarios, arrebatándoles la posibilidad de que sea el trabajo lo que les otorgue reconocimiento social y los dignifique, a la vez que les permita constituirse en un colectivo con una sociabilidad basada en vínculos de carácter laboral (Castel, 2009: 81).

Algunos inmigrantes indígenas cuestionan ser etiquetados como tales, por el carácter peyorativo y excluyente que eso conlleva: "Dicen que somos indígenas porque hablamos otra lengua", cuenta Cecilia, una mujer mixteca en Tenextepango, a pesar de que es justamente por esa condición que ha podido acceder a los recursos que ofrecen estas instancias gubernamentales para mejorar sus viviendas y sus colonias (Saldaña, 2012). Los mestizos se han visto beneficiados con la infraestructura que ha sido introducida en las llamadas "colonias de indígenas" en las que ellos viven, en tanto que forman parte de ese universo que ha sido "etnicizado" por las instituciones.

Ha sido, sin duda, la acción organizada de los jornaleros, a través de sus líderes sociales, lo que les ha permitido obtener los predios urbanos y el equipamiento de las colonias (electricidad, agua potable, teléfono, etc.), y lo que ha dado lugar a la emer-

gencia de *nuevas formas socioespaciales*, producto del asentamiento. Puede decirse que la etnicidad ha sido el motor de la *territorialización* de estos espacios, tanto de la parte de los jornaleros como de las autoridades. Es decir, de su apropiación como territorio entendido éste en sus tres dimensiones, según dice Di Meo (2000: 39): como espacio de vida, como espacio vivido y como espacio social. *Espacio de vida* porque es el lugar de la cotidianidad; *espacio vivido*, en tanto que es el lugar que ha sido imaginado, deseado o soñado, sobre todo cuando la única opción era vivir en la localidad de origen, pero sin trabajo; vivir en un campamento, sin libertad y con las constricciones impuestas por empleadores y camperos¹³; o simplemente vivir circulando. Es *espacio social* en tanto lugar de interacciones sociales, que da lugar a la construcción de redes sociales y de lealtades, pero que al mismo tiempo constituye un espacio disputado y, por lo tanto, de conflictos.

Dicho proceso de territorialización no solo ha sido resultado de la acción de los jornaleros asentados, sino del quehacer mismo de las instituciones. Allí donde viven mestizos e indígenas de distintos estados del país, estas "colonias de indígenas" son el resultado de un proceso de *etnicización en la gestión de la pobreza*. Ubicadas, por lo regular, en lugares poco propicios para la urbanización: en las lomas, en las faldas de los cerros, a orillas de las carreteras o en antiguas zonas pantanosas, y con poca o deficiente infraestructura urbana, dan lugar a nuevas formas socioespaciales que configuran el marcaje de la diferenciación y de la racialización de sus pobladores, a la vez que intentan crear los límites de la espacialización de una población que es requerida, pero no es deseada.

En Tenextepango, por ejemplo, los inmigrantes se ven obligados a ir al centro del poblado porque allí se concentran los espacios educativos, los servicios de salud y religiosos, y porque es el centro de abasto. De tal manera que cuando los nativos empezaron a tener que compartir sus espacios con aquellos "indios" que eran sus empleados, las relaciones de convivencia se volvieron tensas, al punto de sentirse con el derecho de regañarlos o de llamarles la atención porque "tienen muchos hijos", "porque están sentados en la calle", o "porque sus fiestas son ruidosas". Sobre todo porque los nativos se sienten "los patrones", y por tanto superiores, no solo por su condición económica sino por el hecho de ser mestizos, y encuentran incomodidad en tenerlos como vecinos (Sánchez y Saldaña, 2010).

Como señalan Torres *et al.* (2008), estos inmigrantes se insertaron en un espacio social, con tramas de relaciones cotidianas, como las vecinales. Esto implicó que los nativos y los inmigrantes se acostumbraran a su mutua presencia, generando una dinámica social que, a pesar de considerarse tranquila, en algunos momentos se ha tornado tensa. De hecho, se observa que aún las generaciones ya nacidas en Morelos, hijos de migrantes, no son considerados como locales (Saldaña, 2012).

En el caso de Villa Benito Juárez, la mayor parte de las colonias que integran este conglomerado de asentamientos de jornaleros cuentan con los servicios mínimos de

¹³ El "campero" es trabajador de confianza del patrón y se encarga de la vigilancia y control de los campamentos donde se aloja a los jornaleros cuando éstos han sido reclutados en sus lugares de origen por un enganchador o contratista. Muchos campamentos son vigilados incluso con personal que se encuentra armado.

agua potable, electricidad y drenaje. Igualmente, hay equipamiento escolar para estudiar hasta el nivel de bachillerato, clínicas médicas y transporte público (Cota, 2012); no obstante, su funcionamiento es deficiente y se carece de diversos servicios públicos, además de que las sedes de las instituciones gubernamentales se encuentran concentradas en Culiacán, capital del Estado. Pese a que hace más de 40 años han estado presentes estos grupos indígenas en la región y que han nacido ya ahí los hijos y los nietos de los primeros inmigrantes,¹⁶ ese marcaje étnico sigue estando presente en las relaciones cotidianas, siendo tratados regularmente como “los oaxaquitas” por parte de los nativos.

Así, las “colonias de indígenas” son espacios de vida de los trabajadores agrícolas, que si bien materializan sus sueños de “libertad” y de superación, constituyen espacios sociales de segregación de una población que, aunque es requerida para el trabajo, no es deseada para la convivencia.

6. Los asentamientos como espacios de aprovisionamiento e “industria de la migración”

El paso de los campamentos a las colonias en Sinaloa no solo significó un cambio de residencia para los trabajadores, sino una transformación en su condición de libertad frente a los agricultores, lo que les dio la posibilidad de circular entre las distintas empresas buscando las condiciones de trabajo menos desventajosas tanto en la región como en otros lugares, a la vez que les dio la oportunidad de emplearse en otros sectores de la economía.

En Morelos, los asentados han diversificado sus ocupaciones. Si bien una gran mayoría continúa realizando las cosechas de judías verdes y de mazorcas de maíz, tanto en la región como en el Estado de Hidalgo, hoy en día se observan dos tipos de itinerarios laborales entre los trabajadores: una movilización ocupacional fuera del sector agrícola y una dentro. La primera se refiere a aquellos que han abandonado el campo para establecer pequeños negocios propios que complementan sus ingresos (comida, venta de dulces, tiendas de abarrotes, entre otras), pero también los hombres han podido acceder al sector de la construcción que fue dinamizado por el mismo ritmo del asentamiento poblacional y las mujeres al servicio doméstico en casas de la población local. Se encuentran también algunos grupos domésticos que basan sus estrategias de subsistencia en la combinación de estas actividades con sus ingresos como jornaleros agrícolas¹⁷. En cuanto a las ocupaciones dentro de la agricultura, éstas incluyen su trabajo como jornaleros, pero también –en menor medida– algunas actividades que suponen cierta movilidad ascendente en la cadena de producción de mercancías. Es decir, aquellos que anteriormente se dedicaban al corte de judías verdes, pero que ahora participan como intermediarios laborales, transportistas de la producción desde las huertas hasta la ciudad de México o –en contados pero notables casos– como intermediarios que

apoyan a los comerciantes mayoristas en la región. Las dos últimas tareas estaban en manos de mestizos, pero poco a poco los indígenas han ido escalando y se han posicionado en éstas. No obstante, la mayoría se encuentra participando en el corte, como jornaleros (Saldaña, 2012).

En Villa Benito Juárez, de acuerdo con datos proporcionados por Cota (2012: 361, 363), de 90 jefes de hogar entrevistados, el 87% de ellos eran jornaleros que trabajaban en alguno de los campos agrícolas cercanos a las colonias de asentamiento de esa localidad; en el 93% de esos hogares había de uno a cuatro miembros trabajando también como jornaleros. No obstante, solo el 3% tenía un trabajo permanente, por lo que se entiende que haya una búsqueda de alternativas en otros sectores. Algunos de los jornaleros asentados combinan el campo con lo que podríamos llamar actividades relacionadas con “la industria de la migración”, entendida ésta como los negocios que consisten en la prestación de servicios, de manera privada, para facilitar la movilidad humana, obteniendo por ello una ganancia económica (Hernández, 2012: 45). Hernández analiza esta industria para el caso de la migración internacional; sin embargo, en el caso de Sinaloa encontramos, igualmente, la constitución de toda una infraestructura económica y social que asegura a los trabajadores agrícolas su conexión con el mercado de trabajo, selecciona de acuerdo a la demanda, ofrece el traslado a los campos de cultivo a través de los “camioneros”, los aloja en “cuarterías” construidas en los predios de los asentados, brinda servicios de alimentación, lavado de ropa, e incluso puede garantizar el cuidado de niños y bebés para las mujeres que trabajan. Así, muchos de los que antes llegaban enganchados y vivían en campamentos de las empresas, hoy “llegan por su cuenta” cuando uno de los que están asentados les llama por teléfono para avisarles de la fecha en que se les requiere. Al llegar, esta misma persona que les llamó, o alguno que éste conoce, los aloja en sus cuarterías. Por lo regular son las mujeres de los dueños de las cuarterías las que se encargan de darles de desayunar, venderles el “lonche” que llevan al campo, prepararles comida para su regreso; pueden, también, lavarles la ropa a los que vienen solos o cuidar a los hijos de las mujeres que van al campo. Todo ello a cambio de dinero que los trabajadores empezarán a pagar cuando reciben su primera semana de sueldo.

En Tenextepango la variedad de actividades desplegadas por los miembros de las familias se inscriben, igualmente, en esta “industria de la migración”, formando parte de un amplio y profundo proceso de construcción y mantenimiento de mano de obra flexible y adecuada a los mercados de trabajo agrícolas actuales, dominados por las necesidades de los grandes enclaves de agricultura intensiva de México.

A diferencia de las redes sociales, donde los migrantes intercambian favores con base a lógicas de reciprocidad y solidaridad, Hernández (2012: 47) menciona que la “industria de la migración” puede realizar una labor complementaria o incluso sustituir a las redes, sobre todo cuando existen abusos o cuando éstas no suministran la infraestructura necesaria a los migrantes. En el caso de los asentamientos de Sinaloa, puede haber relaciones de paisanaje y/o etnicidad, e incluso de parentesco entre los asentados y los migrantes; sin embargo, los servicios recibidos se pagan. Se trata de relaciones “de pobre a pobre” (Tarrus, 2007) que si bien dan acceso a los migrantes a

¹⁶ De acuerdo con datos de la encuesta levantada por Cota (2012), el 15,6% de los familias encuestadas tenían de 21 a 30 años de vivir en la localidad, el 21% de 16 a 20 años, el 17,8% de 11 a 15 años y el 44,4% de 5 a 10 años (p. 361).

¹⁷ Cabe mencionar que estas consideraciones se basan en la información de los entrevistados y observación directa, ya que no existe registro oficial ni datos confiables acerca del empleo y ocupación de los inmigrantes en Tenextepango (ni en general en todas las localidades rurales en Morelos) (Saldaña, 2012).

los servicios necesarios para su instalación temporal, éstos se ofrecen en condiciones de extrema precariedad, a veces aún peores que las que existían en los campamentos, sin que los trabajadores puedan exigir que mejoren, en tanto que resultan de relaciones de aparente de solidaridad.

Así, los asentamientos se convierten, hoy en día, en espacios de aprovisionamiento para muchos de los trabajadores que se mantienen en circulación. Algunos que llegan para trabajar y regresar a sus lugares de origen, otros que recorren distintos lugares siguiendo las cosechas de diferentes productos, e incluso aquellos que pasan una temporada en el lugar con el fin de ganar algún dinero y luego deciden cruzar la frontera de manera indocumentada, situación que es común en el noroeste del país.

En Tenextepango, en las últimas décadas, se observan nuevos patrones de movilidad entre los jornaleros. En efecto, desde finales de la década de los noventa, en concordancia con una disminución de las hectáreas sembradas de judías verdes en Tenextepango, han surgido flujos migratorios hacia otras zonas agrícolas más dinámicas en el noroeste del país, principalmente hacia a Sinaloa (mapa 2). Los asentados salen durante los meses de noviembre a mayo para ocuparse en el corte de hortalizas vietnamitas de exportación con una agroempresa sinaloense. Cada año ha ido en aumento el número de trabajadores demandados en esas regiones, siendo que ahora existen alrededor de 12 cuadrillas de 35 personas aproximadamente, cada una encabezada por un "encargado" o "mayordomo" que los recluta y moviliza. Se trata de una migración familiar, pero la empresa suele reducir el número de acompañantes que no trabajan, ya que por cada grupo familiar se permiten hasta dos niños menores de 14 años que no serán contratados como trabajadores. También ha ido en aumento el número de jornaleros demandado para realizar distintas tareas alrededor de la uva de mesa en Sonora, lugar donde viajan hombres y mujeres solos en varios periodos cortos durante el año, particularmente entre diciembre, febrero y mayo. Los jornaleros que se enganchan para trabajar en estos dos destinos, a su regreso a Morelos, se contratan en las cosechas locales de judías verdes o de mazorcas de maíz. Otros más regresan a Tenextepango y después se integran a una cuadrilla que se dirige a Hidalgo. En ese escenario, Tenextepango representa una nueva plataforma de inserción a mercados laborales que requieren de su flexible disponibilidad espacial y temporal. Un eficiente y complejo sistema de intermediación que asegura mano de obra en todo momento y lugar. Pero también Tenextepango representa para las familias indígenas inmigrantes un espacio de reproducción y de retaguardia social.

Estos jornaleros que llegan desde Morelos a Sinaloa se encuentran con aquellos que se desplazan directamente desde sus lugares de origen a ese Estado, participando en una migración de carácter pendular, y son alojados en campamentos de las empresas sinaloenses. Se topan, también, con aquellos otros que ya conocen mejor la región, cuentan con información y/o tienen familiares o paisanos, por lo que se alojan en las cuarterías de los asentados en Villa Benito Juárez o en cualquier otro asentamiento. Algunos de ellos siguen después a Sonora, al corte de la uva, o se van a los Estados Unidos, lo que supone una migración de tipo circular en un proceso que encadena migraciones nacionales e internacionales (Lara, 2011; Sánchez y Saldaña, 2011).

Cabe mencionar que en estos movimientos, si bien participan solamente ciertos individuos de un grupo familiar, el conjunto se ve afectado¹⁸, dado que los proyectos migratorios responden a la necesidad de diversificar los ingresos para la sobrevivencia del grupo. Muchas veces es una estrategia que responde a una "economía de archipiélago" (Leonard, Quesnel y Del Rey: 2003), donde la dispersión del grupo es, por lo regular, funcional y acorde con los intereses y objetivos de todos los miembros de la familia¹⁹. Incluso se encuentra relacionada con los mecanismos de socialización de las informaciones y apoyos logísticos que se tienen a nivel de las localidades de origen o con otros puntos de asentamiento intermedios, como es el caso de Tenextepango. Porque desde estos lugares intermedios circulan las informaciones estratégicas relativas a las formas de financiamiento, las oportunidades de hospedaje y de asistencia, las fuentes de empleo, etc. Tareas que, como hemos dicho arriba, constituyen una verdadera "industria de la migración" en los lugares de destino, pero que no todos los migrantes conocen de su existencia. Estas redes de información difieren de las redes sociales, ya que estas últimas suponen la existencia de una malla que se construye a nivel de familia, amistades y paisanaje. El conjunto de los actores que intervienen en ellas tienen intereses comunes y mantienen vínculos personales sobre la base de confianza, reciprocidad y compromiso colectivo, no obstante que en ellas existen problemas de conflicto y disputas por intereses individuales, ya que en su interior hay diversas formas de distribución del poder, relaciones jerarquizadas y formas de gobernabilidad y coordinación (Luna y Velasco, 2005). En ese sentido, de acuerdo con Leonard, *et al.* (2003), la organización de las familias en una economía de archipiélago tiene una dimensión colectiva que rebasa con mucho el marco familiar.

7. Conclusión

La existencia de enclaves de producción agrícola moderna en México corresponde a la evolución histórica de un desarrollo agrícola basado en la desigualdad regional. Espacios geográficos donde se concentra un conjunto de recursos naturales favorables para la producción de ciertos cultivos, pero, ante todo, donde la política estatal ha favorecido la construcción de la infraestructura necesaria (riego, carreteras, equipamiento urbano cercano, etc.), y el apoyo gubernamental adecuado (a través de la exención de impuestos, créditos, precios favorables, etc.) para dar empuje a una agricultura de carácter empresarial. Esta situación, que podría ser considerada como beneficiosa para México, en tanto que dinamiza el desarrollo regional y nacional, no ha sido una política generalizada en el resto del país ni para todos los sectores sociales. De tal manera que su dinamismo y crecimiento no se explica solamente por las bondades de la naturaleza a las que se han añadido las políticas de Estado, sino porque su crecimiento como

¹⁸ Un estudio que utilizó el método genealógico para analizar la movilidad en las familias jornaleras originarias de una localidad indígena de Oaxaca mostró que en las familias, muy seguido, los hijos mayores, varones, y/o el padre, eran los que migraban a Estados Unidos, dejando a las mujeres en alguna colonia de instalación de Sinaloa o de Sonora, mientras los abuelos y a veces un hijo menor estaban en la localidad de origen. Lo que sugiere que si bien se trata de proyectos migratorios colectivos, los destinos de cada miembro del hogar pueden ser diferentes (Lara, 2010a).

¹⁹ También existe la posibilidad de que no sea una decisión con equidad de género, ya que frecuentemente no se considera la opinión de las mujeres o de los niños en estos proyectos migratorios, si bien involucra al conjunto.

zonas de agricultura intensiva se debe, en gran parte, a la existencia de otras regiones pobres y marginadas del país que se han vuelto sus proveedoras de mano de obra barata. En ese sentido, decimos que dicha estructura agraria ha creado una cartografía de la desigualdad regional y social.

Si bien unos de esos enclaves se encuentran en manos de pequeños y medianos productores, como es el caso de Morelos, y en otros operan grandes agroempresas, como en Sinaloa; unos destinan gran parte de su producción al mercado interno mientras que otros privilegian la exportación, ambos forman parte de cadenas globales de productos controladas por los capitales comerciales.

La historia local del desarrollo de cada región como enclave agrícola es una historia particular. No obstante, en ambos casos han tenido lugar procesos similares en lo que se refiere a la constitución de los mercados de trabajo y de los circuitos de migración que ellos han generado. Mercados de trabajo para gente pobre, con escasas alternativas de empleo en sus lugares de origen y migraciones que corresponden a proyectos migratorios que involucran no solo a individuos, sino a familias completas y comunidades campesinas e indígenas.

Hoy en día observamos que los circuitos migratorios que generan esos enclaves agrícolas se han complejizado, dando lugar a una movilidad que incluye no solo movimientos de ida y vuelta o circulares, destinos de corta y larga distancia, nacionales e internacionales, sino diferentes etapas que incluyen el asentamiento o la sedentariedad.

En este capítulo hemos querido ilustrar esa etapa que corresponde al asentamiento, mostrando las particularidades que ha adoptado en cada caso de estudio y la manera de cómo ello ha dado lugar a nuevas formas de ocupación del espacio. Sin embargo, tratándose en ambos casos de asentamientos de jornaleros, cuyo origen es rural, muchos de ellos campesinos pobres e indígenas, nos ha parecido importante dar cuenta del tratamiento que el Estado y los Gobiernos locales han dado a dichos asentamientos, caracterizándolos como "colonias de indígenas" o "colonias de pobres". De modo que el tratamiento que se da a esa población no se genera en su carácter de trabajadores agrícolas que aportan su fuerza de trabajo a las empresas o a pequeños productores que cultivan bajo contrato, con los derechos y las obligaciones que ello supondría. Más bien, como lo hemos señalado arriba, lejos de ser dignificados por su trabajo, son "racializados" por su condición de pobres, independientemente de que sean o no indígenas. Con ello, decimos, se hace un marcaje étnico de esa población; se le acota para excluirla o para incluirla como sujetos de atención a través de programas focalizados para atenderlos en su condición de pobres.

Pero, desde esta condición de pobres hemos visto surgir en esos asentamientos una "industria de la migración" operada desde abajo, "de pobre a pobre" (Tarrius, 2007: 9). De modo que los asentados han encontrado una manera de sobrevivir a través de la diversificación de actividades en otros sectores de la economía, pero, a la vez, asumiendo una serie de servicios que venden a otros migrantes en proceso de circulación.

Esos asentamientos se han constituido en la mayoría de los casos como resultado de un proceso de apropiación del espacio. No solo en el sentido de que en ocasiones fue resultado de invasiones o de toma de terrenos o de negociaciones para su compra

y adquisición legal, sino porque dichos espacios fueron territorializados. Es decir, fueron apropiados para convertirse en espacios de vida, espacios vividos y espacios de interacción social (Di Méo, 2000). En ellos hemos visto surgir organizaciones lideradas por indígenas o no indígenas que buscan transformarlos en espacios dignos, a pesar de la precariedad que allí priva, demandando a las autoridades la instalación de la infraestructura urbana mínima. Pero este proceso puede ser leído como un quehacer que busca la dignificación que les ha sido negada en tanto que trabajadores o como miembros de un grupo étnico con una historia propia.

Finalmente, nos ha interesado caracterizar a estos asentamientos como lugares privilegiados de encuentros, de intercambios, de negociaciones y de interacciones entre poblaciones instaladas y no instaladas, y de grupos con distintos proyectos migratorios. Estos lugares, que en otros textos (Lara, 2008, 2010) hemos considerado como "espacios de cruce" (del francés *espaces carrefour*), se consideran como lugares de alta densidad relacional porque en ellos se articulan las trayectorias e itinerarios de los migrantes en un movimiento doble de asentamiento y de circulación. Dentro de estos espacios, los migrantes (productores y utilizadores de los espacios) movilizan sus recursos (solidaridades étnicas, recursos simbólicos, etc.) y sus competencias para evaluar situaciones dadas (capacidades lingüísticas, conocimiento de la administración local del lugar, demostraciones identitarias, etc.), para la creación de riquezas comerciales y culturales (Hily y Ma Mung, 2002). En ese sentido, hemos mencionado que son también lugares propicios para el desarrollo de una economía familiar en archipiélago (Leonard, *et al.*, 2003).

Bibliografía

- Bendini, M. y Radonich, M. (compiladoras) (1999), *De golondrinas y otros migrantes*, Buenos Aires, Editorial la Colmena.
- C. de Grammont, Hubert y Lara, Sara M. (2010), "Restructuring and standardization in Mexican horticulture: consequences for labour conditions", en *Journal of Agrarian Change*, vol. 10, núm. 2, abril 2010, pp. 228-250.
- C. de Grammont, Hubert y Lara, Sara M. (2004), *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco*, México, IIS-UNAM.
- C. de Grammont, H. y Lara, Sara M. (1999), "Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas de Sinaloa" en Hubert C. de Grammont (coordinador), *Innovación tecnológica y reorganización productiva en el sector agroexportador*, México, IIS-UNAM-Plaza y Valdés.
- Castel, R. (2009), *La montée des incertitudes. Travail, protections, statut de l'individu*, Paris, Éditions du Seuil.
- Cota, B. (2012), *Política social, necesidades y procesos de construcción de ciudadanía en familias jornaleras agrícolas asentadas en Villa Benito Juárez, Navolato, Sinaloa*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Sinaloa.
- De Moraes da Silva, M. A. (1999), *Errantes do fim de século*, São Paulo, UNESP.

- Di Mèo, G. (2000). "Que voulons-nous dire quand nous parlons d'espace?", en Levy, J., Lus-sault, J. (dir.), *Logiques de l'espace, esprit des lieux. Géographies à Cerisy*. Paris, Belin, Collection Mappemonde, p. 37-48.
- Flores, G., L. Paré y S. Sarmiento (1988), *Las Voces Del Campo: Movimiento campesino y política Agraria, 1976-1984*, México, Siglo XXI/ISS-UNAM.
- Hernández, R. (2012). "La industria de la migración en el sistema migratorio México-Estados Unidos", *Revista Tracce*, n° 61, junio de 2012, pp. 41-61.
- Hily, M.-A. y E. Ma Mung (2002), *Catégories et lieux des circulations migratoires*. Poitiers, Migrinter.
- Lara, Sara M. (2011). "Introducción", en Sara M' Lara (coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*, El Colegio Mexiquense-Miguel Ángel Porrúa, ISBN 978-607-401-384-9, p. 17-32.
- Lara, Sara M. (2010). "Los encadenamientos migratorios en regiones de agricultura intensiva en México", en Sara María Lara (coord.) *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Miguel Ángel Porrúa, p. 251-277.
- Lara, Sara M. (2010*). "Movilidad y migración de familias jornaleras: Una mirada a través de genealogías", *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, n° 19, enero-junio 2010, ISSN-1139-5737, pp.183-206.
- Lara, Sara M. (2008). "Control del espacio y territorialidad en las migraciones rurales", en Pablo Castro (coord.), *Dilemas de la migración en la sociedad postindustrial*, Porrúa-UAEM-UAM/I, México, pp.17-38.
- Lara, Sara M. (1998), *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*, Procuraduría Agraria-Juan Pablos Editores, México, ISBN: 968-64-54-91-8, p. 302.
- Lara, Sara M. y Hubert C. de Grammont (2011). "Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses" en Sara M. Lara (coord.) *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*, Colegio Mexiquense-ISS-UNAM-M. Á. Porrúa, p. 33-78.
- Lara, Sara M. y C. Ortiz (2003), "Alternativas organizativas de los trabajadores agrícolas", *Informe de investigación*, México, Instituto de Estudios del Trabajo (IET), inédito.
- Leonard, É., A. Quesnel y A. del Rey (2003). "De la comunidad territorial al archipiélago familiar. Movilidad, contractualización de las relaciones intergeneracionales y desarrollo local en el sur del Estado de Veracruz", ponencia presentada en el *IV Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales* (AMER), Morelia, Mich., 20-22 de junio.
- Luna, Matilde y José Luis Velasco (2005). "Confianza y desempeño en las redes sociales" *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 67-1, pp. 127-162.
- Ortiz, C. (2007), *Las organizaciones de jornaleros agrícolas indígenas en Sinaloa*, Departamento de Sociología Rural, México, colección Tlatemoa, Texcoco, Universidad Autónoma de Chapingo.
- Saldaña, A. (2013). "Movilidad laboral de los inmigrantes en Tenextepango y transformaciones como centro de contratación", *Informe de Investigación*, UAEM, Cuernavaca, inédito.
- Saldaña, A. (2012). "Asentamiento residencial de los jornaleros migrantes alrededor de Tenextepango. La conformación nuevas colonias", *Informe de Investigación*, UAEM, Cuernavaca, inédito.
- Sánchez, K. (2012). "Un enfoque multidimensional sobre los intermediarios laborales en el medio agrícola", en *Política y Sociedad*, 2012, vol. 49, núm. 1: 73-88. UCM, España. ISSN 1130-8001.
- Sánchez, K. (2009). "Migración jornalera en Morelos. Espacios y procesos regionales en la globalización", en varios autores, *Actores, escenarios y representaciones en un mundo global*, Plaza y Valdés-UAEM, México, p. 131-164.
- Sánchez, K. (2008). "Cosechas y peones en Morelos: especialización y segmentación en los mercados de trabajo rural", *Análisis Económico*, n° 53, vol. XXIII, segundo cuatrimestre, pp. 201-225.
- Sánchez, K. (2006), *Los capitanes de Tenextepango. Un estudio sobre intermediación cultural*, M. Á. Porrúa-UAEM, México.
- Sánchez, K. y A. Saldaña (2011). "Configuración de corrientes migratorias alrededor del mercado de la okra en Morelos", en Sara María Lara (coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*, Colegio Mexiquense-ISS-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, p.151-212.
- Sánchez, K. y Adriana S. (2011*). "Transformaciones del jornalero agrícola y los sistemas de intermediación laboral en la región oriente de Morelos", en *8º Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales. Campesinos y procesos rurales*, AMER, Puebla, 24-27 de mayo, ponencia.
- Sánchez, K. y Adriana S. (2010). "Espacios de inclusión y exclusión de los trabajadores migrantes asentados en localidades rurales: el caso de Tenextepango, Morelos", *VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo*, México, 20 a 23 de abril, Ponencia.
- Tarrius, A. (2007), *La remontée des sud. Afghans et marocains en Europe méridionale*, Avignon, Éditions de l'Aube.
- Tarrius, A. (2010). "Migrantes pobres y globalización de las economías: el transnacionalismo migratorio en Europa meridional", en Sara María Lara (coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Miguel Ángel Porrúa, p. 101-122.
- Torres, F. et al. (2008). "Viviendo juntos... cada uno por su lado: inmigración, convivencia y participación en los municipios murcianos", en Andrés Pedreño y Francisco Torres, *Pasajes de la Murcia inmigrante*, Cuadernos del Foro Ciudadano 2, Murcia.
- Torres, F. y Sarah M. (2008). "La distribución territorial y la inserción residencial de los inmigrantes en la Región de Murcia, 1998-2007", en Andrés Pedreño y Francisco Torres (coord.), *Pasajes de la Murcia inmigrante*, Cuadernos del Foro Ciudadano 2, Murcia.